

Presentación Del Tema

Como es bien sabido y repetido, los estudios en sociología carecen del carácter acumulativo que presentan o pretenden presentar otras disciplinas. Los temas pasan, los enfoques también y cada vez pareciera que se está empezando de nuevo, con el mismo entusiasmo o con el mismo cinismo, de manera que los papeles escritos entre los clásicos y el último grito de la moda sociológica pueden ser reciclados para cualquier otro uso sin que nadie se dé cuenta. Naturalmente eso no constituye ningún problema para la sociedad ni para los sociólogos y sólo puede presentarse como un detalle curioso para que los comentarios florezcan y los olvidos vengán luego a tapizar piadosamente el mar de la lamentaciones. Sin embargo, los detalles curiosos despiertan la curiosidad y las preguntas y, como la ociosidad es la madre de todos los vicios, se decidió la aventura de plantear este número de la Revista de Sociología alrededor de un tema que fue central, en distintos momentos y con distintas perspectivas, a través de largos años y que en la actualidad es muy rara vez invitado a la mesa con la centralidad de antaño: el poder; la sociedad como estructura y proceso de dominación.

La sociología que se desarrolla en nuestra Universidad está marcada por los distintos momentos y las distintas formas en que el problema de la dominación se plantea. Aunque hay en los comienzos cierta presencia de orientaciones de carácter estructural funcionalista, los primeros sociólogos surgidos de este centro de estudios tienden a adoptar una identificación latinoamericanista de crítica a la dominación social interna y a la dependencia externa que posteriormente deriva a un fuerte predominio de orientaciones de carácter marxista. Más tarde, bajo el gobierno militar, se harán variadas revisiones críticas a aquellas perspectivas, tendiendo a primar los análisis referidos al régimen político y a las condiciones culturales de la dominación, los que serán reemplazados por la preocupación contingente acerca de los problemas de la transición y consolidación democrática que derivarán hacia la atención dirigida a la vigencia y extensión de la ciudadanía. Pareciera que la vertiginosidad del cambio, o la percepción de tal vertiginosidad, impregna también un rápido y continuo fluir de temas y enfoques, sin que se sepa si vale la pena alcanzar a enterarse de un tipo de estudios antes de que éste desaparezca.

Tomando en cuenta esta situación es que se decidió tratar de aprovechar la revista para hacer una revisión y posiblemente una discusión de los distintos momentos y las distintas perspectivas que sobre el poder parecieran existir. La idea original era convocar a un seminario en el cual se debatiera el tema sobre la base de ponencias presentadas por sociólogos especialmente invitados al efecto. Se pensó (y permítase el galicismo de seguir usando el giro impersonal del “se” para evitar asumir responsabilidades individuales o colectivas en el asunto) que gruesamente se podía distinguir cuatro generaciones de sociólogos: la primera corresponde a los primates, es decir aquellos que habrían planteado

una perspectiva al comenzar a desarrollarse la sociología sistemáticamente en Chile; la segunda estaría representada por aquellos formados bajo el fuerte predominio del pensamiento marxista en la ciencias sociales vigente hasta el golpe militar de 1973; la tercera correspondería a aquellos que se forman bajo la vigilancia del régimen militar; mientras que se asume que podría haber una cuarta forma de pensar en esta segunda república que se inicia prácticamente a fines de la década de los ochenta. Pero, como muy bien sabe hasta el periodista más ingenuo, hay que ser muy estúpido para creer que la frase “querer es poder” tenga alguna validez respecto algún otro sujeto que no sea dios todopoderoso, que además no existe. De manera que, por mucho que se haya querido, simplemente no se pudo, aunque no se estuvo tan lejos.

El tema del poder siempre se presentó de manera amplia a quienes se les solicitó artículos para la revista, de manera que no resulta inesperada la diversidad de enfoques resultantes, sino que lo que sorprende es precisamente lo contrario, esto es, que no obstante los distintos aspectos abordados y las diferencias de perspectivas, existan constantes que parecen desmentir la falta de desarrollo acumulativo de la sociología. Por lo menos se puede decir que si la sociología no es acumulativa al menos es repetitiva, que ya es algo. En efecto, en casi medio siglo de sociología y, lo que quizás es más importante, en casi medio siglo de proceso social, los problemas definidos y el enfoque de ellos siguen manteniendo unidad de sentido.

A modo de introducción a la exposición de autores que corresponden aproximadamente a distintos momentos de desarrollo del pensamiento sobre el tema del poder, se ha reproducido un texto de don José Medina Echeverría, el gran formador del pensamiento sociológico en América Latina, que haciendo referencia a problemas que parecen coyunturales de ese momento desarrolla un estilo de pensamiento que tiene plena vigencia en esta actualidad de comienzo de siglo. Al leerlo, más de algún sagaz lector se sentirá tentado de cambiar algunas pocas referencias para transformarlo en un interesante artículo de análisis del momento presente. En cierto sentido y muy casualmente, queda aquí planteado el problema teórico y metodológico del análisis del poder. La relación inicial entre democracia y desarrollo constituirá la vía principal desde la cual se desprenderán diversos caminos secundarios y más de algún sendero que no lleva a ninguna parte.

El artículo del profesor Faletto continúa muy de cerca los planteamientos de don José Medina, situándose en la perspectiva de la crisis, en sus aspectos políticos y económicos, que regularmente sacuden a la región latinoamericana en general y a Chile en particular. Dentro de la periodización inicialmente proyectada, el autor corresponde al primer momento de desarrollo de la sociología, una vez superado el momento de los iniciadores de los estudios sociológicos en nuestro país. Por atendibles razones personales, no pudo el profesor Faletto redactar un documento especialmente para esta ocasión, pero el presentado tiene la virtud de que, al basarse en dos trabajos hechos con anterioridad, muestra la solidez de un análisis que mantiene su validez más allá del momento coyuntural en que se realiza y que se basa en un planteamiento de carácter totalizador que insiste en las íntimas relaciones entre economía y política. Esto último constituirá en general el hilo conductor del pensamiento que se desarrollará en lo sucesivo y que será reacio a la especialización de los estudios sobre política propio las ciencias políticas.

Ricardo Yocelvezky, adoptando también una perspectiva latinoamericanista, abordará el tema del poder desde una crítica a las limitaciones de la democracia en nuestra región en la actualidad, insistiendo en que la dificultad de comprensión del problema deriva de la desvinculación de las disciplinas de ciencias sociales y el predominio de la aceptación de cierto modelo económico que se presenta como la ciencia económica ortodoxa. Aunque el análisis se plantea respecto de determinados elementos empíricos, como es el peso de los medios de comunicación en la configuración de las alternativas políticas, el carácter del liderazgo político y la desarticulación de la sociedad civil respecto del Estado, es posible, con imaginación y mala leche, encontrar la permanencia de un trasfondo de pensamiento marxista en su interpretación.

El artículo de Pedro Güell es el que mejor responde a la propuesta originaria sobre el tema de este número de la Revista de Sociología. En efecto, se quería tener la expresión de los distintos momentos de análisis del fenómeno del poder, tratando de rescatar en qué medida cada particular perspectiva mantenía cierta capacidad explicativa en la actualidad. Güell emprende decididamente esta tarea, asumiendo precisamente el problema de las generaciones e intentando dilucidar el problema de la existencia real de una generación de los setenta a través de un intento de definir lo que fue su experiencia común, la conciencia que de ello adquieren y la propuesta que elaboran. Aunque el articulista tiene serias dudas de que efectivamente se constituya tal generación, la revisión que hace de las experiencias de la época, volcada al trabajo de base de construcción de movimiento social, y el desplazamiento que provoca en tal perspectiva el carácter político institucional de la transición, dan posibilidades a una reflexión aún pendiente sobre el tema. Más allá de ciertas quejas sobre el entorno intelectual del momento, del cual el tono impersonal aquí adoptado no puede hacerse cargo, la conclusión del trabajo de que “la generación aludida no se constituyó como tal pues no supo dar lenguaje y conducción a la altura de los tiempos a su intuición fundacional”, resulta una interesante hipótesis para un análisis de mayor alcance. No obstante, desde el punto de vista del tema planteado, es posible encontrar una interesante experiencia de definición no institucional del poder y más centrada en su consideración cultural.

La colaboración de Angel Flisfisch, solicitada tardíamente y con premura, se ubica más en una perspectiva de filosofía o ciencia política, pero la reflexión que se hace vuelve a encontrarse con la preocupación sobre las relaciones entre economía, sociedad y política. En todo caso, resalta en el trabajo el que se asuma una determinada posición desde la que se pregunta acerca de los problemas que a tal posición se plantean en la actualidad. El tema del poder aparece así más explícitamente abordado en términos de objetivos y el análisis se inicia desde las posibles relaciones entre la teoría y la práctica política. Ello no es casual, puesto que la posición adoptada, definida genéricamente como progresismo, reconoce anclarse en planteamientos iluministas acerca de las posibilidades de conducción racional de la historia. Los problemas que se revisan en el artículo, aunque ordenados respecto del progresismo, admiten una reflexión también desde otras perspectivas y, de hecho, constituyen parte importante del núcleo de la discusión sobre el poder en la actualidad: la globalización como pérdida de la especificidad del análisis; las dificultades de integración económica ante el predominio del mercado; la gobernabilidad de acuerdo a ética; la despoltización. Las finales reflexiones acerca de la racionalidad parecieran abrir el debate antes que cerrarlo.

Los dos últimos artículos, elaborados uno por Rodrigo Figueroa y Octavio Avendaño y el otro por Mauro Basaure, son un intento de incorporar a la discusión sobre el poder a la generación más reciente de sociólogos que ya está entrando en la producción intelectual.

El trabajo de Avendaño y Figueroa asume, alguien podría pensar que extrañamente, una perspectiva bastante clásica que permite que se conecte con facilidad con la tradición de pensamiento que se expone en el artículo de don José Medina Echeverría. Nuevamente encontramos aquí la crítica a la separación entre los estudios de ciencias sociales, particularmente a la que se hace entre economía y sociedad. Adoptando fundamentalmente la conceptualización de Polanyi, los autores realizan un análisis comparativo de los estilos de desarrollo correspondientes al Estado de compromiso y al Neoliberalismo de sociedad de mercado. Se señala no sólo la persistencia de núcleos duros de poder, sino que se explican en relación a ellos los problemas de redistribución que presenta la actividad económica y que estarían afectando gravemente la integración de lazos sociales. Vuelve pues a aparecer, dentro de nuevas formas de elaboración, que es el carácter del poder político el que define los estilos de desarrollo.

Mauro Basaure emprende un análisis de carácter más eminentemente conceptual del fenómeno del poder, tratando de despejar confusiones y de emprender una cierta integración de los aportes que teóricamente se han estado haciendo al respecto. A partir de las primeras consideraciones de poder, como objeto situado en la institucionalidad, que responde a la lógica binaria de tenerlo o no tenerlo, se examinan las consideraciones realizadas respecto de su carácter subjetivo y su desarrollo en el plano subrepticio en el interior de la sociedad, terminando por proponer una perspectiva integradora de las diferentes vertientes del estudio del poder. El carácter teórico abstracto del trabajo de Basaure puede aparecer contrastante con el tono general de los artículos, que tienden más bien al análisis histórico, pero ello permite apreciar la vigencia que mantiene en los nuevos sociólogos un estilo de pensamiento que con rigurosidad se aboca a la tarea de elaboración teórico conceptual. Quizás sea conveniente señalar que aun en este tipo de análisis, muchas veces orientado en términos de la especialización de las distintas disciplinas, vuelve a encontrarse la tendencia a una comprensión global del fenómeno del poder, ya que se insiste aquí en la conveniencia de estudiarlo desde una perspectiva que trascienda el marco institucional, propio de los estudios especializados de la política.

Demás está decir, pero habitualmente se dice lo que está demás, que los artículos seleccionados respecto al tema propuesto no logran presentar sistemáticamente lo que se puede considerar que han sido las principales corrientes de análisis del fenómeno del poder en nuestro país. Más demás aún está decir que existe una gran cantidad de sociólogos sabios, inteligentes y de irreprochable conducta anterior que podrían haber sido invitados a presentar tan buenos o mejores trabajos que los recibidos. Si no se hizo así ello se debe en gran medida a la arbitrariedad y al azar. Sólo se podría señalar que, debido a consideraciones de estrecho tribalismo, se optó por restringir la elección arbitraria de posibles articulistas a quiénes se formaron en la Universidad de Chile. Se confía en que Dios perdone.